

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

CONGRESO NACIONAL DE LAICOS

“Pueblo de Dios en salida”

(Madrid – 14, 15 y 16 de febrero de 2020)

INTERVENCIÓN INICIAL DEL CARD. FARRELL

Un cordial saludo a los Señores Cardenales, a los Obispos, a los Sacerdotes, a los religiosos y a todos los laicos, hermanos y hermanas en Cristo, presentes aquí esta tarde.

Agradezco a Su Eminencia el Cardenal Ricardo Blázquez, Presidente de la Conferencia Episcopal Española, y a Su Excelencia Mons. Javier Salinas, Presidente de la Comisión Episcopal del Apostolado Seglar, por la invitación que me han hecho a tomar parte en este congreso.

Como Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, me alegro por la iniciativa de la Conferencia Episcopal Española de organizar estos días de encuentro y reflexión, que no se quieren limitar a una serie de conferencias, sino que quieren iniciar un proceso de sensibilización y formación para

ayudar a todos los fieles bautizados a vivir más profundamente su vocación y la tarea misionera que les espera.

Sabemos bien que es deseo del Papa Francisco que la misión se convierta en un paradigma para cada acción de la Iglesia, tal como lo indicó en su discurso programático al episcopado latinoamericano algunos meses después de su elección. El Papa explicó varias veces que no solo las estructuras, sino también los corazones de cada uno tienen que experimentar una *conversión misionera*. Esta conversión tiene que recibir el impulso y la *motivación* “de arriba”, es decir, del Papa y la Jerarquía – como sucedió también para este congreso –, pero solo será eficaz en la medida que alcance el corazón y la vida de todos los fieles, es decir, se *realice* “desde abajo”, especialmente a partir de la vida de los cristianos comunes y corrientes, los fieles laicos. Esto solo es posible si ellos son plenamente conscientes de su misionariedad. Ciertamente, podemos afirmar que, sin un cambio de mentalidad y modos de actuar en la vida de los *fieles laicos*, jamás será posible la transformación misionera de la Iglesia que el Santo Padre desea. En este proceso, también los movimientos eclesiales – con su fuerte carga carismática y una predominante presencia

laical – pueden dar (y de hecho están dando) una eficaz y valiosa colaboración.

El lema del congreso – “Pueblo de Dios en salida” – une en una única imagen el tema de los laicos (el Pueblo de Dios) y la misión (la salida evangelizadora), subrayando la índole misionera que está en la vocación bautismal. Estos dos aspectos, los laicos y la misión, son dos temas sobre los que toda la Iglesia está reflexionando mucho, animada por las palabras del Santo Padre y los documentos más importantes que ha escrito en estos años. Pero, no debemos pensar que se trate de una novedad del momento. El tema del laicado ha sido destacado con mucha fuerza por el Concilio Vaticano II, que nos ha dejado textos muy hermosos sobre los fieles laicos – que son parte esencial de la Iglesia como Pueblo de Dios, a cuyo servicio están muchos ministros ordenados – y sobre su plena participación en la misión evangelizadora de la Iglesia, al participar de los dones proféticos, sacerdotales y reales de Cristo. También el tema de la misionariedad no es una novedad del pontificado del Papa Francisco; basta pensar que en este año pasado hemos recordado los cien años de la publicación de la Carta apostólica *Maximum illud*, con la que el Papa Benedicto XV, ya en el año 1919, quiso promover la actividad misionera de la Iglesia en el

mundo. Por ello, ni el tema del laicado ni de la misionariedad son nuevos, pero ahora se advierte la urgencia de ponerlas en primer plano para que la Iglesia recupere plenamente su identidad.

Redescubrir el laicado y redescubrir la misionariedad, de hecho, significa sencillamente volver al Evangelio y volver a los orígenes de la Iglesia. No olvidemos que los primeros discípulos de Jesús eran en gran mayoría laicos, como también los primeros evangelizadores que propagaron el Evangelio en todo el mundo entonces conocido. Mucho antes de la llegada de Pedro y Pablo, el cristianismo fue llevado a Roma por los laicos, con gran probabilidad por judíos convertidos, como también a Antioquía, por obra de los judíos helenistas convertidos, lo mismo vale en Fenicia y en Chipre, donde el Evangelio fue llevado por aquellos cristianos laicos que fueron obligados a abandonar Jerusalén debido a la persecución que se desencadenó después del martirio de San Esteban. Para todos los primeros cristianos era absolutamente normal anunciar el Evangelio en los lugares por donde pasaban, en cada ciudad donde vivieron, a raíz de las persecuciones o debido a los traslados relacionados con el comercio. Todos los fieles laicos de los primeros tiempos eran “espontáneamente misioneros”. Non

necesitaron mucha “sensibilización” misionera o programas de formación específicos promovidos por la jerarquía eclesial. Ellos sentían como algo totalmente natural anunciar – con la palabra y con el testimonio de la vida – la gran novedad que había cambiado su existencia, es decir, el encuentro con Jesús, su resurrección, su presencia permanente en la Iglesia, el don del Espíritu Santo que había renovado a cada uno de ellos en el fondo de su ser.

Así pues, la centralidad de los laicos y la misionariedad son dos rasgos distintivos de la Iglesia y el cristianismo de los orígenes y, si miramos bien, las “enfermedades” espirituales internas de la Iglesia, contra las que el Papa Francisco sigue luchando, son precisamente las distorsiones que oscurecen la vocación bautismal de los laicos y la naturaleza misionera de la Iglesia. De hecho, por una parte, un tipo de “enfermedad” como el clericalismo hace que se pierda de vista la naturaleza de la Iglesia como pueblo de los bautizados, por otra parte, “enfermedades” como la autorreferencialidad, el espíritu mundano y la falsedad de vida, apagan el impulso misionero en la Iglesia. El Papa Francisco, al combatir estos males, intenta restituir a la Iglesia su verdadera identidad y volver a la pureza de los orígenes. Esta “pureza” de los orígenes del cristianismo

se caracterizó precisamente por la presencia de los fieles laicos que vivían plenamente la novedad de su bautismo – es decir, una forma de vida radicalmente transformada con respecto al pasado – y también de un natural impulso misionero que incluía a toda la comunidad cristiana: ministros ordenados (como los primeros “obispos” que los Apóstoles pusieron al frente de las diferentes iglesias locales), pero también parejas casadas (como Aquila y Priscila), y misioneros laicos (como los que Pablo saluda al final de la carta a los Romanos, o como el mismo evangelista Lucas). En el cristianismo primitivo todos en la Iglesia eran misioneros, de cada estado de vida (casados o consagrados), de cada edad (jóvenes o ancianos), de toda condición social y cultural (pobres o ricos, cultos o sencillos, aristócratas o personas comunes, libres o esclavos). El testimonio dado de Jesús estaba en el DNA de cada fiel, y no era una “especialidad” de una categoría particular de cristianos.

Un gran empobrecimiento para la vida y misión de la Iglesia fue el fenómeno que se verificó a lo largo de los siglos debido a una progresiva concentración de toda la actividad de la Iglesia en manos de la jerarquía eclesiástica. La misión, por ejemplo, había sido durante mucho tiempo una actividad encomendada, casi exclusivamente, a los sacerdotes, religiosos

o congregaciones dedicadas específicamente a esta tarea. Lo mismo vale para la evangelización, no solo en los territorios de misión, sino también en la “permanente” siempre necesaria, también en los países de antigua tradición cristiana. Y así la formación religiosa de los adultos y los jóvenes. Todas estas actividades, con pocas excepciones, habían sido encomendadas al clero y a los religiosos. Por consiguiente, cuando el número de las vocaciones al sacerdocio y la vida religiosa cayó drásticamente, a partir del pasado siglo, también la evangelización “ordinaria” y “permanente”, la formación religiosa y la misión propiamente dicha, disminuyó en modo dramático y prácticamente desapareció en algunas zonas. Por ello, hoy es importante hacer que los laicos vuelvan a descubrir su plena participación en la vida y misión de la Iglesia. Cada aspecto de la vida y misión de la Iglesia pertenece plenamente también a los fieles bautizados, es decir, la función de enseñar tiene que implicar a los laicos, la función de evangelizar tiene que implicar a los laicos, la función de gobernar tiene que implicar a laicos idóneos y calificados que asuman tareas de liderazgo en las estructuras eclesiales, y, sobre todo, la función de transformar todos los ambientes de la vida social según el espíritu del Evangelio tiene que implicar en primera persona a los laicos.

Pero el protagonismo y la corresponsabilidad de los laicos necesitan formación. La implicación de los laicos en la vida de la Iglesia y su “salida misionera” necesitan ambas un serio compromiso de facilitarles una formación adecuada. Invertir en la formación de los laicos es hoy una prioridad para la Iglesia. Lo que les sugiero es que la formación debería extenderse en el tiempo, ser completa y no superficial.

“Extenderse en el tiempo” en el sentido de que debe comenzar desde la formación de los jóvenes, para que se le dé la posibilidad, desde jóvenes, de integrarse en las actividades de las parroquias y los grupos, recibiendo poco a poco tareas de responsabilidad, para que se entusiasmen con los ideales evangélicos y las actividades pastorales, sintiéndose protagonistas y no espectadores pasivos. Pero la formación tiene también que continuar en el tiempo, es decir, la formación de los laicos tiene que acompañar todas las fases de la vida que presentan siempre nuevos desafíos, y que por ello se deben iluminar continuamente con la luz de la fe. Pensemos en las parejas que se han casado hace poco, o en la formación de los padres para apoyarles en la educación de los hijos, sobre todo durante la fase de la adolescencia. O en la formación de los laicos en el desarrollo de sus actividades profesionales para que

también el trabajo se convierta en un lugar de santificación y testimonio. O en la formación de los laicos que enfrentan la fase de la vejez.

La formación de los laicos tiene que ser “completa”, en el sentido de que no se puede limitar solo a una formación teórica y a algún “curso” de tipo escolar, sino que debe incluir también una formación “sobre el terreno”. Quiero decir que, con la asistencia de otros laicos ya formados y con más experiencia, las personas son introducidas poco a poco en las actividades pastorales o misionera, aprendiendo la praxis ya experimentada, la metodología y, sobre todo, el “espíritu” de cómo realizar estos servicios. Esta formación “sobre el terreno” es útil, por ejemplo, para aprender a asumir roles de liderazgo dentro de los grupos, o para guiar actividades específicas dirigidas a las familias, o para aprender a vivir formas concretas de espiritualidad conyugal y familiar, o para aprender en modo comunitario a confrontar la propia vida con la Sagrada Escritura, o para desarrollar actividades de apostolado en los colegios, ambientes de trabajo, hospitales, etc.

La formación de los laicos, por último, no debe ser superficial. Una buena formación cristiana lleva poco a poco a una plena coherencia entre la fe y la vida vivida. Sabemos bien

que, en nuestros días, debido a la indiferencia y la ignorancia religiosa generalizada, es ya una gran meta transmitir a los bautizados un mínimo conocimiento de los contenidos de la fe. Pero esto no basta, es necesario que, poco a poco, el progreso en el conocimiento de los contenidos de la fe vaya a la par con la transformación de los modos de actuar, de la elección de vida, de los estilos de comportamiento que se adoptan.

Si, por ejemplo, leemos la Didaché, un escrito muy querido en la Iglesia primitiva, nos impresiona la precisión y lo concreto de las indicaciones que se dan. Se nota la preocupación de no mantenerse en lo general, sino de traducir todo el Evangelio en modos concretos de vida para que se convirtieran en signos inequívocos de la propia identidad cristiana y la elección auténtica de la “vida del bien” que cada bautizado había hecho.

La formación, en este sentido, tiene que conllevar también momentos de seria verificación, y de corrección, si fuera necesario, como ha sido siempre en la tradición de la Iglesia. A través de estas verificaciones, personales o comunitarias, hay que ayudar a todos los fieles laicos a que esto se haga, más y más, realidad. De hecho, sabemos qué grande es el riesgo de una conversión aparente, o de contradicciones evidentes entre

nuestra fe y nuestra vida. Contradicciones que todos notan, menos uno mismo.

Esta autenticidad, esta transparencia, esta coherencia de vida son una gran ayuda para el testimonio cristiano en el mundo y para la misión. Jesús era admirado y seguido por muchos por sus palabras, pero sobre todo por su modo de ser y vivir. Toda su persona emanaba la fascinación de la presencia de Dios, no solo sus discursos. Si nos fijamos, también el Papa Francisco es amado y apreciado por lo que hace; no solo dice palabras amables y corteses a los pobres, enfermos, ancianos, sino que los encuentra, acoge, les dedica su tiempo para visitarles y estar con ellos. Sus gestos comunican más que las palabras.

Es por ello una grande tarea la que espera a la Iglesia en España, pero la energía empleada, para suscitar un despertar misionero en la Iglesia, es siempre bien empleada. Deseo a todos los participantes, que este congreso abra un proceso que dé frutos concretos y permanentes, para la difusión del Evangelio y para la salvación de tantas personas.